

más encantadora su amenidad y su hermosura. Por algunos de aquellos sitios hay numerosas casas de campo y edificios antiquísimos, ya sombríos, por pesar sobre ellos la terrible mano de muchos siglos, pero que tienen tambien su poesía, aunque severa y majestuosa. De estos edificios es el famoso castillo de Steiner-Chlinge, célebre en los anales del pueblo helvético por los recuerdos que conserva, y situado en la ya mencionada poblacion de Stein, en donde se levanta teniendo á sus costados el lago de Constantza y la vistosa aldea de O'Eningen, muy celebrada por sus preciosidades geológicas y los pescados fósiles que encierran sus canteras. Desde este antiguo castillo se goza de una vista magnífica, presentándonos todos aquellos paisajes en su belleza más soberana.

Pueden tambien contemplarse en esta parte de Suiza multitud de arroyos y torrentes de aguas límpidas y deliciosísimas, que se desatan por entre las colinas con impetuosa algazara, cruzándose mil veces, y mil veces separándose para volverse á reunir con sus eternos juegos al pié de las enramadas y yerbas que nacen en sus orillas.

Estas frescas y cristalinas corrientes forman allí como una inmensa red de cintas de plata, entre las que parece circuye y aprisiona, cual preciosa sandalia, que es su figura geográfica, todas aquellas esbeltas colinas; cuyos cortados y verdosos picos se levantan atrevidos, aumentando con esto la maravilla de aquellos lugares, por demás peregrinos y placenteros. El que haya contemplado esta bella comarca desde un punto de alguna elevacion, desde el castillo de Steiner-Chlinge, por ejemplo; el que la haya observado en su

conjunto y en cada uno de sus primores, ha visto la naturaleza con todos sus matices, la naturaleza en toda su poesía.

Schaffouse, que debe su origen á los antiguos navegantes y trabajadores del Rhin, á esos hijos de las montañas suizas, que sabian reunir lo fabuloso á lo pintoresco, es en el fondo de su historia un bello poema, y en su posicion un cuadro, un grupo verdaderamente encantador. Estos atractivos que ofrece siempre, y la circunstancia de ser tan apacibles el clima y el ambiente que allí se respira en verano, hace que todos los años vayan á disfrutarlos multitud de viajeros y familias de los vecinos países.

El día 26 de Junio de 1853, la tarde ya bastante avanzada, salía de la ciudad un respetable caballero, como de unos treinta años, el cual no dejaba de llamar la atencion de muchas personas por su noble postura y elegancia. Era de elevada talla y excelente aspecto; robusto, de musculatura fuerte y vigorosa; el color de su rostro respiraba salud; una barba espesa y sedosa daba mayor nobleza á su semblante, y bajo su frente levantada y dos hermosas cejas, brillaban sus negros ojos, llenos de vida, con los cuales ejercia tal dominio y ascendiente, que podia hacerse obedecersin resistencia de la persona más voluntariosa. Sus anchas y bien formadas espaldas correspondian á un pecho lleno y expansivo, en el que se agitaba un corazon, inquieto, sí, pero generoso. Era elegantísimo para vestir, y el traje de campo que llevaba componíase de un chaquet de color gris oscuro, un chaleco de lo mismo, con una rica cadena de su reloj de oro, y su corbata de seda. El sombrero, finísimo y algo pardo, lo traía puesto con cierto donaire, dejando ver las puntas de su ri-

zado y lustroso cabello; el pantalon casi no se distinguia por estar cubierto con unas magnificas botas de montar, de becerro fino, encarnado y con sus correspondientes espuelas. Era, en fin, una respetable é interesante figura, y aunque procedente de otra nacion, parecia más bien uno de esos tipos italianos que tienen toda la expresion de la nobleza y de la elegancia.

El caballero huésped de Schaffouse andaba con paso firme, aristocrático, y sus botas, que le subian sobre sus rodillas formando pliegues en su parte inferior, crugian con el movimiento; todo lo que, juntamente con el ruido del taconeó y las espuelas, le daba cierta dignidad y grandeza. En una mano traía los guantes, que se puso poco despues, y con la otra fumaba un hermoso habano, viéndosele, cuando lo llevaba á la boca, lucir en el dedo un precioso solitario y en el puño de su blanca camisa uno de sus gemelos, que se componian de dos preciosas rosetas de brillantes.

Miéntas se dirigia de esta manera por un extremo de la ciudad, en las afueras, junto á las puertas de una caballeriza, estaba esperando un brioso caballo de raza italiana, de bastante cuerpo y perfectamente enjaezado. El mozo que lo sujetaba era jóven suizo, alto y robusto. Llevaba sus polainas ajustadas sobre los pantalones, á la usanza del país; una correa de cuero por la cintura, el chaleco desabrochado, con las mangas de su camisa de color, un pañuelo rojo por corbata, como nuestros payeses catalanes, y su ancho sombrero de paja que le caía sobre las espaldas y sujetaba con dos atadores.

El caballo, que mostraba ya conatos de impaciencia, debia montarlo el elegante personaje de quien venimos hablando, y que á la sazón dirigíase á donde se le aguardaba con este objeto. Por fin llegó á la ca-

balleriza, se puso los guantes, y montó con suma destreza. Sacó un nuevo cigarro, en el que dió un mordisco, lo encendió y fumó de él, echando la primera bocanada de humo. Luego que estuvo completamente arreglado, y mientras el mozo pasaba la mano por el anca del caballo, acariciándole, echó á escape, desapareciendo de allí en breves instantes.

Como viese en su carrera desfilas ante sí los paisajes que tanto embellecen el canton de Schaffouse, frenó un poco y siguió el camino con paso ménos rápido para contemplar mejor la comarca que tiene las vistas más hermosas de Suiza. El paseo no podia ser más delicioso, la amenidad de aquellos contornos causaba en el espíritu mil emociones, y el caballero, despues que hubo contemplado todos los encantos que ofrecen, se fué aproximando poco á poco hácia la cascada Laufen.

La tarde declinaba rápidamente; los últimos rayos del sol imprimian los matices del iris en la cascada, la cual precipita las grandes masas de agua que lleva el Rhin, ofreciendo con esto una vista asombrosa y fantástica; especialmente sus vapores acuosos, en los que vagan flotantes todos los colores y encantos de la luz. No muy distante de allí hay una pequeña casa de recreo, cerca de la cual se veía pasear, en la tarde de que hablamos, un jóven de una edad regular, alto, pálido, y de una fisonomía siniestra y sombría. Llevaba unos lentes y vestía con decencia, manifestando estar preocupado en aquellos momentos por una idea que le absorbía todo.

El jóven paseaba con marcados indicios de impaciencia. Sin duda habia citado allí á alguno, y le esperaba largo rato hacía. La persona que aguardaba era el caballero que habia salido aquella tarde á dar un

paseo por aquellas deliciosas soledades; y decimos soledades, porque en aquella hora, y en las cercanías que recorría, apenas se veía por allí un viviente. El caballero fué aproximándose. Cuando el jóven vió acercarse el jinete, la esperanza volvió á su ánimo, y la expresion á su semblante.

La luna apareció aquella noche radiante y hermosa. La cascada del Rhin parecia que arrojaba rollos de plata, y las blancas y rizadas espumas que con su colossal caída lanzaba al aire, jugaban con el brillo de las estrellas, despedían una luz argentina y poética; haciendo un efecto mágico en el espectador que contempla aquella escena grandiosa en una noche de verano, desde un punto en que mejor la domine; desde el castillo llamado de Laufen, por ejemplo, situado en una eminencia, en medio de frondosa arboleda. El espectáculo es tanto más grande cuando lo engrandece la solemnidad de la noche, en aquellos momentos en que calla la naturaleza y el estruendo de las aguas es á la vez bronco y armonioso.

El jinete llegó por fin á donde estaba esperando el impaciente jóven. Se quitó éste los lentes y se apresuró á saludar al recién llegado. Se cruzaron breves palabras, llenas de la más cordial amistad, y despues que dejaron el caballo en una casa vecina, que se alza allí entre una grande fábrica y el palacio de Charlottenfels, se internaron más adentro, hácia la cascada, situándose en un punto donde era todavía más grande el ruido del agua.

El jóven de los lentes, que habia esperado allí toda aquella tarde, fué el primero que tomó la palabra, y dirigiéndose al caballero, le habló de esta manera:

—Y bien, amigo, le dijo con cierto misterio: ¿habeis

comprendido todo lo que os interesa el tomar partido sobre el asunto que os indiqué el otro dia? ¿Habeis meditado bastante la importancia de la mision que se os quiere encomendar?

—Lo he meditado todo, contestó el noble y elegante caballero. Hace tiempo que estoy pensando en lo mismo, y mi resolucion es ya una cosa decidida. Desde hoy podeis participarlo así á vuestros colegas.

El jóven se acercó un poco más, estrechó la mano de su amigo, y le dijo estas palabras :

—Pues bien; yo os felicito en nombre de todos ellos; os felicito en nombre de nuestros numerosos amigos de Rusia, Alemania y de Italia; os felicito en nombre de esta tierra regenerada y restituida á su libertad por Guillermo Tell, Walter Furts y Arnolfo de Melchthal. No podeis comprender la emocion que experimenta mi corazon, no podeis formaros una idea de la ventura que se dibuja en mi mente para una dia no lejano. Mucho esperaba de vuestra caballerosidad; pero no pude creer nunca que viniérais á una resolucion tan pronta y decidida.

—Entónces ignorais, replicó el recién venido, mis inclinaciones, y no haceis la justicia debida á mis antecedentes. Diez años de trabajos, yo creo que valen algo.

—Sí, pero como ahora el cargo que os encomiendan es delicado y lleno de peligros...

—El mérito está en saber arrostrarlos.

Si la elegante y respetable figura del caballero; si la dignidad con que se expresaba no hubiera infundido cierto respeto en el jóven de los lentes, indudablemente, al oir estas palabras, hubiera ido á estrecharle en sus brazos, lleno de entusiasmo y de alegría, por ver tan buenas disposiciones en su amigo. Le habia

salido bien la comision que se le encomendó; habia conseguido un triunfo, y su contento estaba justificado.

Para el lector las palabras de los dos personajes serán indudablemente un misterio, pero un misterio que más adelante comprenderá en toda su extension. Oigamos todavía cómo siguieron su conversacion, despues de hablar de otras cosas.

—Sí, continuó el caballero; podeis decir al director de nuestros negocios que estoy dispuesto á recibir las instrucciones verbales y la documentacion debida para preparar desde luego el viaje y poner en ejecucion nuestra empresa.

—Todo depende, contestó el jóven, de las noticias que se reciban de fuera. Hace diez dias que se esperan, y no deberán tardar. Lo que interesaba ahora era vuestra cooperacion, y esa la tenemos.

—Pues bien; ya lo sabeis, y lo habeis oido todo de mí. Esperaré aquí las órdenes y el momento de dar principio á la obra que se me encomienda.

—¿Y la recompensa?

—La recompensa, replicó el caballero, será el buen resultado de mi cometido.

—Pero sé que os interesa una hermosura de nuestra raza, la diva hebrea.....

—Sí, sí, le interrumpió; y os recuerdo que me prometisteis presentarme á ella.

El huésped de Schaffouse, luego que se hubo enterado de otras cosas, y puesto de acuerdo sobre ciertos planes, se puso en actitud de retirarse. Entónces el jóven de los lentes, que, como veremos, era descendiente de una familia israelita, sacó del bolsillo unos papeles, y entregándoselos, le dijo:

—Pasad la vista por estos documentos. Algunos de

ellos, como vereis, os pertenecen; los demás los podreis devolver cuando os hayais enterado de su contenido.

Despues los dos personajes montaron en sus respectivos caballos y partieron de allí, dirigiéndose á la ciudad. El rato que fueron juntos siguieron una significativa y animada conversacion. Concibieron grandes esperanzas en sus empresas, y selas prometieron muy buenas para el porvenir de Europa, y aún del mundo. Llegaron por fin al punto en que debian separarse; se despidieron afectuosamente, y el jóven de los lentes se retiró á su vivienda en Dachsen, vecino villorrio de la cascada; dejando que su amigo se dirigiese á la suya, en Schaffouse.

El caballero de quien venimos ocupándonos y que no hemos dejado un momento desde que salió de la ciudad de Schaffouse; el noble, el elegante personaje á quien nos referimos en estos momentos, es Eberhardo, el protagonista de nuestra obra, el que da nombre á este libro.

Eberhardo nació en 1827 en Nuremberg, antigua y aristocrática ciudad situada junto al rio Pagnitz, en el reino de Baviera. Su padre, descendiente de una ilustre familia de Italia, emigró de su patria por las vicisitudes y trastornos que tuvieron lugar á principios de este siglo. Se dirigió á Viena, y el gobierno del Emperador le prometió restituírle en sus derechos y conservar el título de nobleza de sus ascendientes, que habia perdido. Era jóven, rico, amigo de viajar, y desde Viena se fué á recorrer las principales ciudades de Alemania. En Baviera, que tenía amigos y parientes, se detuvo un poco más de tiempo. Entusiasta de las bellas artes y admirador de todo lo que nos recuerda la

con un grande, con un inmenso precipicio. Amigo de estudiar todo lo que tiene de grande la naturaleza, se paró á contemplarlo con toda la comodidad posible, para lo que se colocó perfectamente, sentándose en una piedra que cubria la sombra de un árbol. Estaba rendido, habia bebido algo, le embriagaba aquel espectáculo, y se quedó allí mismo dormido. Sus compañeros lo hallaron y lo dejaron que descansara, dirigiéndose á donde creyeron cazar algo.

Eberhardo tenia á sus piés un precipicio, un verdadero abismo, y soñaba además. En medio de sus sueños se le presentó á la imaginacion el preludio de una grande lucha, en la que él se encontraba. De una parte luchaba la Vieja Europa, de la otra la Joven idem. No hay para qué decir que Eberhardo estaba con esta última.

Pero oigamos algunas palabras.

—Ha llegado, decia soñando, ha llegado nuestro momento... El campo es nuestro... Nuestro es tambien el dominio de la tierra. Aquellas instituciones caen.

—¡Caigan todas las viejas instituciones, decia con más fuerza; y con esas instituciones caiga tambien la corona de los tiranos! Los ejércitos de la Vieja Europa deben perecer todos... ¡Perezcan! Allí despliegan nuevas fuerzas los defensores de lo antiguo, pero son impotentes... ¡Ah! viene un príncipe con la sonrisa en los lábios. Lleva nuestro ropaje, parece de los nuestros; pero no lo es... ¡Quiere engañarnos!

—¡No, no, Joven Europa! repetia desesperadamente: ¡no te dejes engañar...! Intenta seducirte para tiranizarte despues! ¡El puñal contra ese verdugo! Destruid tambien las virtudes de los antiguos. La prudencia, la justicia y la templanza, representadas por esos hom-

bres y esas estátuas, son tres grandes sofismas contra nosotros. Destruídlas hasta en sus estátuas... Todas esas virtudes viejas y astutas deben desaparecer de la tierra para asegurar el fruto de nuestro triunfo.

— ¡Corred en su persecucion hasta que perezcan sus últimos restos...! ¿No veis? ¡Huyen para mejor reforzarse!

— ¡Han perecido todos, Jóven Europa?

— Sí, todos.

— ¡Y cuánto nos ha costado! Se oye todavía fuego... La detonacion viene de léjos.

Eberhardo estaba agitado y sudaba. Despertó como aquel que sale de una profunda pesadilla. Comprendió que estaba soñando; pero volvió á dormirse y á soñar.

— ¡Oh! prorumpió reanudando su sueño: ¡todas las antiguas instituciones por el suelo! ¡Mirad allí destrozadas las coronas de los tiranos y la tiara de los Pontífices...! ¡Cuántos cadáveres! La Vieja Europa ha perecido con todos sus ejércitos, la Religion con sus sacerdotes, el despotismo con sus defensores, la propiedad con los propietarios, las virtudes con sus devotos, y todas las antiguas instituciones con sus símbolos y sus elementos de vida... Todo ha quedado por nosotros. Nada será ya sin nosotros. La Jóven Europa reinará sola en el mundo, y con ella todo nos será posible. La filosofía establecerá una religion, formará una nueva justicia, y la propiedad se cimentará bajo otros principios. El mundo será gobernado por la ciencia.

— ¡Oh ciencia nueva! continuaba con delirio: ¡cuánto tiempo de luchas para hacerte puesto en la tierra! ¡Todo era tuyo, y sin embargo te ha costado un siglo de combates! ¡Ven ahora; reina sobre la tierra; refor-

ma la sociedad; perfecciona el linaje humano y la naturaleza, y crea abismos para la Vieja Europa y paraísos para el nuevo reinado de la razón!

Eberhardo dejó de soñar, y continuó durmiendo. Largo rato permaneció en este estado. Sin duda estaba contemplando el resultado que había producido la lucha, y por esto se hallaba en la mejor parte del espectáculo que se dibujaba en su imaginación.

Pero Morfeo, que también suele visitar á los ilusos de día, volvió otra vez á hacerle delirar en sueños.

—¡Jóven Europa! después de un momento de calma; ¡Jóven Europa, ahora debes juzgar tú de una manera terrible las instituciones y las generaciones pasadas y ya vencidas! Haz que desaparezca también su memoria de los pueblos, su nombre de la historia, sus títulos de los protocolos, sus estatuas de los simulacros. ¡Destruíldo, arrasadlo todo...! ¡No quede rastro de su existencia!

—Esta obra, oyó el soñador en rumores como de un ejército, esta obra te la encomendamos á tí, Eberhardo. Nosotros, que somos la juventud, la fuerza de Europa, te ayudaremos, y tú serás nuestro jefe.

—¿Dices tú esto, Jóven Europa? ¡Me proclamas...!

—¡Sí...! ¡Viva Eberhardo!

—Pues yo no voy á dar decretos para destruir, porque con esto podría perpetuarse lo pasado en la historia y en la memoria de los pueblos. ¡Voy, exclamaba con todas sus fuerzas, voy á inventar prodigios para aniquilar...!

Una fuerte detonación, causada por el disparo de un arma de sus compañeros de caza, despertó á Eberhardo, desbaratando así sus soñados planes de destrucción. Despertarse, extender la vista y ver venir por

entre unas malezas una fiera ensangrentada hacía él, fué todo sólo cosa de un momento. Habia sido herida por los cazadores, y corría desesperadamente.

Eberhardo se encontró de pronto entre un abismo y una fiera enfurecida. Se levantó, y viendo que no podía huir, saca un revolver que llevaba, y dispara sobre el animal, que sin duda venía con ánimo de echarse sobre él.

La fiera con un segundo disparo llegó á temer, dió una media vuelta, y se dirigió por el flanco izquierdo, cayendo sobre unos matorrales y precipicios por donde nadie podia ir en su persecucion. Era un jabalí de mala especie.

Eberhardo, cuando se vió libre de la fiera, principió á pensar sobre lo que habia soñado. Su despejada frente se anubló entónces, frunció las cejas, y tuvo momentos de verdadera amargura. Y ¡claro está! todo lo que habia visto era un delirio, una ilusion, un sueño; y esto para un hombre que queria ver cambiada la faz de Europa, para un revolucionario de su talla, era terrible, era desconsolador.

En estas tristes meditaciones, vió el abismo que tenía á sus piés, y recordando á nuestro Calderon de la Barca, cuyas obras conocia muy bien, murmuró:

¿No sois mi sepulcro vos?

..... ¡Válgame Dios,

Qué de cosas he soñado!

Quedó un rato fijando su vista en el precipicio, se cruzó de brazos, y cabizbajo volvió á exclamar con el ilustre autor de *La vida es sueño*:

...¡Desdichada suerte!
¡ Que hay quien intente reinar ,
Viendo que ha de despertar
En el sueño de la muerte!

Ya hemos visto que Eberhardo se impresionaba siempre al contemplar las grandes obras de la naturaleza; y como además de filósofo tenía también mucho de poeta, no es extraño que el abismo de la Selva Negra, lo que acababa de soñar y el lance que le pasó con la fiera, le hiciesen concebir tan tristes ideas. Pero el espíritu de nuestro protagonista era más fuerte que todas las impresiones, y desapareció de él todo lo que podía entristecerle. La llegada de sus compañeros de caza, que tuvo lugar en aquel momento, hizo también que abandonase las reflexiones que le preocupaban.

Eberhardo, al ver á sus amigos, les dijo :

—Me habeis dejado aquí solo, dormido y expuesto á ser devorado por una fiera que venía ensangrentada hácia mí.

—¡Calla, hombre! le contestó uno de ellos. Hemos querido dejarte descansar, mientras nosotros fuimos á dar una vuelta por aquí cerca, sin ánimo de hacer nada. Pero hemos podido descubrir por entre los matorrales dos jabalíes, y les hemos tirado. Los dos han sido heridos; y según vemos por lo que tú dices, mientras han ido los perros en persecución del uno, el otro ha pasado por aquí.

—Sí, y corría hecho una furia.

—¿Y qué se ha hecho?

—Por ahí se ha introducido, sin que el mismo demonio pudiera seguirle.

—¿Y estabas durmiendo?

—Estaba durmiendo y saboreando un sueño en el

que habia visto una grande lucha, de la que resultó el triunfo de nuestra causa.

—Y la bestia habrá venido á desbaratar todas tus ilusiones.

—¡Todas!

Con este motivo se les ocurrió decir mil cosas acerca del triunfo de sus ideas, que creían muy próximo.

—Pero el animal, dijo uno de los amigos con cierta fruicion, está herido de muerte, como está herida de muerte la Vieja Europa. Consuélete esto.

Todos se las prometieron muy buenas para cuando llegára su día, el día de las grandes liquidaciones, como ellos decían. Su exuberancia, su fiebre revolucionaria, les hacía muchas veces delirar acerca del porvenir del mundo.

Eberhardo era un soñador, y soñaba aún estando despierto. Su sueño al borde del abismo de la Selva Negra era un preludio de todas sus miras, de todos sus pensamientos. No hemos contado, pues, sin misterio lo que ha oído el lector acerca de los desvaríos de Eberhardo.

Los cazadores, despues de algunos momentos que se entretuvieron conversando alegremente, continuaron su cacería, y siguieron terrenos que llenaban de espanto. La caza fué abundantísima. Todos rivalizaron en ver quién apuntaba mejor, quién manejaba con más destreza las armas.

Los cazadores, despues de haber pasado durante su cacería un tiempo feliz y alegre, se retiraron de la Selva Negra y regresaron á Tubingen, de donde ántes habian salido.

Cuatro días despues, Eberhardo se hallaba en Heidelberg, ciudad del gran ducado de Baden, en Alemania.

CAPITULO II.

La filosofía de Eberhardo.

Muchos de los que nos lean extrañarán indudablemente la insistencia y formalidad con que más adelante nos ocupamos, y aún nos preocupamos, del orden, científicamente considerado; dándole una significacion y una importancia que acaso estarán muy léjos de pensar. Pero deben entender nuestros lectores que nosotros, sobre tener la creencia de que con motivo de esa palabra y de esa idea diremos algo bueno, queremos tambien demostrar, en último resultado, que cuando se trata de adorar la verdad de Dios, nosotros la vemos y la encontramos en todas las cosas; porque todas las cosas son una creacion suya, y más que todo el orden con que están hechas. Ha llegado el momento de ver una doctrina filosófica por demás extraña y extravagante, que puede decirse es el resumen de toda la filosofía alemana; de esa filosofía que hasta en nuestros dias se ha tenido como lo más grande de la inteligencia del hombre, cuando en muchos casos sólo llega á lo más alto de las divagaciones humanas. Por esto queremos hacer ver que cualquier cosa, cualquier idea y cualquier palabra, expuesta bajo nuestro punto

de vista, significa tanto y vale más que la mayor parte de esos sistemas filosóficos, con todo lo que tienen de sério; sobre todo si en un asunto filosófico tratamos, no sólo del orden de las cosas, sino tambien de la cosa del orden en su concepto más trascendental, que, como hemos de verlo, tanto nos dice y tanto nos enseña.

El movimiento filosófico que se inició en Alemania á fines del siglo pasado ha seguido ejerciendo un influjo tan pernicioso hasta en nuestros dias, que bien puede decirse que de ellos se ha resentido la Religion, la ciencia, la historia, la literatura, la política, la sociedad, la familia, y todo aquello que más vivamente interesa al género humano. La celebridad que como genios superiores habian alcanzado algunos hombres ilustres de aquellos tiempos, fué una ocasion para que saliera á la superficie, no el noble estímulo, sino la soberbia mal disimulada de ciertos espíritus, cuyo mayor mérito lo han puesto todo en una pretendida originalidad, que raya casi siempre en la extravagancia, por decirlo así, científica. Fuera de lo que en algunos haya podido aguzar el ingenio humano, ¿qué otra cosa hemos visto en la filosofía alemana, despues que desechó la enseñanza tradicional, á la que habian rendido tributo los sábios más eminentes? Los antiguos escolásticos, es decir, los hombres más insignes, los que más honraran la inteligencia del hombre, fueron menospreciados por tales filósofos, cuando, por otro lado, algunos de ellos se aprovecharon de sus enseñanzas, y hasta los imitaron. En Alemania es donde principalmente se inició esta revolucion filosófica. Feder, y Mendelsohn, y Abbt, y otros cien, revistieron sus teorías científicas con ciertas formas, libres del método segui-

do por los escolásticos, que si podian llamar la atencion de algunos entendimientos amigos de novedades, que se contentan con una débil tintura de las cosas, de ninguna manera satisfacian á los verdaderos sábios que sabian descubrir, bajo un estilo nuevo y muchas veces enfático, pobres talentos y pensadores menguados. Pero apareció Manuel Kant, el filósofo de Koenisberg, y los partidarios de la nueva filosofia creyeron habia llegado, con un entendimiento tan poderoso, la época de una verdadera revolucion, no sólo en el mundo intelectual, sino tambien en la vida social. Desde entónces datan todos los desaciertos y aberraciones que produjo jamás el espíritu del hombre.

Kant, sin embargo, no se conservó siempre ni para todos en la reputacion científica que se habia conquistado; pues muchos de sus discípulos le abandonaron, y los demás se han dividido despues en dos bandos al ménos, el que se denomina de la derecha y de la izquierda de Kant. Y sucedió lo que naturalmente sucede siempre cuando se defienden principios cuyas consecuencias se rechazan. El profesor de Koenisberg, en casi todo lo nuevo que habia dicho, entrañaba doctrinas que lo mismo conducian al materialismo que al racionalismo y al idealismo. Luégo vino Fichte, y Schelling, y Hegel, y Krause, y Feuerbach, y han venido otros mil que recogieron todas las consecuencias de semejantes teorías, exponiéndolas en diversos sistemas, en los que no sabemos lo que sobresalia más, si las miserias del corazon humano ó las divagaciones de una imaginacion extravagante.

Todo llegó á defenderse. Kant, con su criticismo, cayó en grandes contradicciones, y fué el primero que dió nueva forma al racionalismo; porque estableciendo

por un lado en la razon, y por el otro en el sentimiento, las prerogativas que bien le parecieron, todo podia el hombre llegar á conocerlo y defenderlo de un modo suyo é infalible. Fichte, en lugar de avanzar, se paró en sí mismo viendo en el *yo* el lazo de todo conocimiento. Schelling salió un poco más allá de sí mismo; pero para identificarse y hacerse como Dios en todo.

Despues de esto, Hegel, Krause, Feuerbach y toda esa plaga de filósofos que la historia nos presentará siempre como los que más han hecho desviar de su verdadero cauce el progreso científico, completaron las doctrinas de sus predecesores; y unos divinizaron la razon humana, otros adoraron la naturaleza, y todos concluyeron por caer en un racionalismo irracional, ó en un positivismo que conduce á la barbarie.

Si no hubiese una ley moral que prohíbe alegrarse de las miserias de sus adversarios, ciertamente nosotros no teníamos que hacer otra cosa, ya que no cabe combatir doctrinas que por sí mismas se ridiculizan, más que congratularnos del estado tan degradante á que han llegado esa filosofía y esos filósofos, que todavía quieren pasar como las inteligencias más sublimes que se hayan visto jamás.

Pero despues de los excesos viene la expiacion. El descrédito en que ha caído de algun tiempo á esta parte la filosofía alemana, que tan terribles ataques recibe de los mismos positivistas, y que tantos males ha causado y ruido metido en el mundo, es cosa que debe fijar nuestra atencion. La filosofía, y especialmente la alemana, ha pecado mucho, y en estos momentos lo está pagando de veras. Hasta hace muy pocos años los filósofos de allende el Rhin eran objeto de respeto,

cuando no de veneracion; mas hoy, fuera de algun que otro racionalista, apenas se les guarda ninguna clase de atencion, considerándolos como los hombres que más han embrollado las ideas y el lenguaje, produciendo males en la ciencia y la literatura que tardará mucho tiempo ántes que puedan repararse completamente. Y este descrédito en que han caido los pensadores alemanes es mucho más pronunciado en su pátria que en los países extraños; sobre todo de parte de los materialistas, que ellos han engendrado en los nuevos moldes del flamante positivismo.

En Alemania, las obras filosóficas que en otras naciones tienen todavía algunos admiradores, de esos que no ven en el mundo más que el apéndice de todo lo peor que se escribe, las tienen arrinconadas, en el mayor olvido y abandono, cuando no las emplean en cosas ciertamente más vulgares; pudiendo decirse con esto que los propios desechan por viejo y malo lo que los extraños recogen como una cosa buena y nueva.

Pero faltaba á todo esto el sistema filosófico de Eberhardo, que es el complemento de la filosofía alemana; el cual tiene su originalidad y todo, que entraña, si se nos permite decirlo, todas las extravagancias de ciertos filósofos alemanes.

Véase su filosofía:

Eberhardo no reconocia en las cosas más que un principio de todo, que llamaba fuerza de expansion, ó expansion natural de las cosas; y en virtud de este principio, una manera de ser de todo, un estado constitutivo que no es más que la dispersion universal, el desórden eterno. Con esto solo constituia Eberhardo la ciencia, y no una ciencia cualquiera, sino la ciencia de lo absoluto. Para él las cosas eran un caos, sólo armo-

nizado por la relacion que hay entre el caos de lo subjetivo y de lo objetivo; con lo que defendia que lo normal, y por consiguiente lo mejor, era en la naturaleza el desórden y en la sociedad la anarquía. ¿Quién nos podrá negar, decia Eberhardo, que el estado primitivo de desconcierto en que nos pintan el universo no es otra cosa más que su manera eterna de ser? ¿Quién es el que no ve que el primer principio, el principio más verdadero, está en el fondo de esa expansion universal, que es lo más sustancial porque es lo más eterno? Y entiéndase bien, añadía, que al ocuparme yo de esta cuestion, no digo otra cosa que fuerza de expansion, ó, más simplemente, expansion sólo. En el universo hay un fondo fantástico, un genio sobre el que giran todas las cosas, y sólo son miéntras giran, y sólo giran en fuerza de su expansion. En este eterno girar, en este eterno remolino de cosas, está la sucesion de los séres, y con la sucesion su formacion.

¿Qué es esta expansion natural de todo? La expansion de que aquí nos ocupamos es una fuerza, un punto de dispersion que salta de sí propio, con el cual todo se espacia, dando así lugar al principio esencial de las cosas. En virtud de esta definicion, no hay nada real más allá de ese fondo; porque todo es de él, por él, en él y para él. Y no crea el lector que aquí se habla precisamente de ese *yo* de donde nacen la mayor parte de las extravagancias de los filósofos alemanes. Nada de eso. Aquí quiere decirse simplemente que así como no hay fuerzas posibles sin un centro dado de sí mismas, tampoco hay séres ni sustancias sin ese principio de expansion que con su desenvolvimiento se da el sér y la vida.

Todo es *con algo* y *sin algo*; porque todo y cada

cosa de por sí puede compararse con otra y con consigo misma, y para que haya comparacion es necesario que haya séres diferentes. De manera es que aún el sér, aún el principio más simple, existe con términos de comparacion y de referencia; existe con algo que es y con algo que no es, y es imposible que deje de ser así. No se establece con esto identidad universal; pero sí la reunion y la aglomeracion de todas las cosas con una necesidad tan esencial, que no puede ser la una sin otra. No se establece el sér único; pero sí el caos de los séres; porque para Eberhardo, la unidad del mundo consiste en no tener ninguna.

Ya nos refiramos á la conciencia, foco de todos los conocimientos, ó ya al sér, alma de todas las existencias, todo se presenta con algo que es y con algo que no es; es decir, con lo suyo y con lo ajeno, en una relacion siempre caótica.

El principio de Eberhardo de que todo está formado con algo que es y con algo que no es, como muchos de los principios científicos de los alemanes, ellos solos se los explican, para solos ellos entenderlos. Pero aquí al ménos se vislumbra algo del objeto que se propone esta filosofía, y el objeto no es otra cosa que dar una importancia científica á la palabra expansion natural, y hacer salir de ella la confusion, la anarquía y el desórden; estableciéndolo todo como una necesidad social, ya que se cimenta sobre una necesidad intrínseca de la naturaleza. La posicion de todas las cosas en el espacio, su importancia esencial y su nocion transcendental, consiste precisamente en tener que estar por necesidad de naturaleza en oposicion entre sí, juntas y separadas, en no poder ser unas sin otras; en que, en una palabra, su principio constitutivo estri-

be en el principio de expansion. Por lo mismo que esta expansion consiste en una fuerza, en un punto de atraccion, de donde todo parte y á donde todo vuelve, los séres todos son una verdad en cuanto son una dispersion, en cuanto están en confuso desórden.

Como no sea en Chud-hi, filósofo chino que escribió en el siglo XII sobre filosofía impropriamente llamada atomística, no encontramos en la tradicion precedente á la filosofía de nuestro protagonista. Chud-hi, que así en física como en filosofía queria la amalgama de las teorías entónces conocidas, lo hacía consistir todo en reposo y movimiento, en expansion y contraccion ó concentracion, diciendo que la línea recta es el principio activo de la naturaleza, y la línea curva el principio pasivo. Las ideas de Eberhardo tambien tienen algun punto de contacto con la filosofía cabalística, que creia en una materia llamada *ensófica*, preexistente en el principio, y que despues, con su contraccion, dió lugar al espacio y á la diversidad de cosas, con sus diferentes propiedades y atributos.

Pero la filosofía de Eberhardo es la excentricidad de todo, producida por la expansion natural de las cosas; porque la condicion y esencia del sér es sucederse siempre, sin llegar nunca á formar estado permanente. La sociedad no es más que un reflejo de la naturaleza; donde se ve la misma inestabilidad, las mismas revoluciones en una que en otra.

Los que nos han pintado, continúa Eberhardo, el estado primitivo del mundo como un confuso embrion, como un caos donde nada está en su lugar, deben tener presente que aquella confusion no ha cambiado de sér, sino sólo de modo; y que nosotros, cuya constitucion es tambien el desórden, contemporizamos fácil-

mente con todas las anarquías, puesto que todas son buenas, por una necesidad de la naturaleza. El desarrollo y progreso que preside á la formacion del mundo es un efecto de aquella confusion, que se perpetúa en una revolucion sucesiva, que es la única creacion que hay. ¿Quién nos ha dicho que la ley del progreso no es una prueba patente del desórden que reina en todo? La verdad es que las cosas, en virtud de esa revolucion, tienen una tendencia á cambiar; y esto no podria ser si su condicion fuera el permanecer en un estado, en un órden dado.

El arte y la belleza no está contra ésta teoría filosófica, basada sobre el no órden de las cosas y el desórden de las pasiones. La música no es más que un continuo hacer ruido, la pintura un eterno emborronar, y la poesía palabras y conceptos disociados y en movimiento, que sólo armonizan cuando chocan como los átomos que revolotean en una cámara oscura, que sólo brillan entre sí cuando les llega un rayo de sol.

Lo que nosotros llamamos armonía no es, en todo caso, más que un desórden que armoniza convencionalmente con nuestro propio desórden; porque en lo absoluto no existe, ya que lo que originariamente era anarquía tiene que seguir siéndolo.

La expansion es un centro con una periferia indefinida, en donde se confunden y forman un todo perfecto el tiempo y el espacio, la luz y las tinieblas, la unidad y la multiplicidad, el espíritu y la materia, lo bello y lo horrible. Y no digo, añadía Eberhardo, Dios y el hombre, porque no quiero parecerme al panteísmo por un lado y al pesimismo por otro.

Esta es, poco más ó ménos, la filosofía de Eberhardo; que, por mucho que tenga de ridícula, tiene más de

dañina, como tendremos ocasion de verlo alguna vez. Desgraciadamente, esta teoría de la expansion coincide de una manera notable con la doctrina de aquellos filósofos que fundan la esencia y la sustancia de las cosas en una fuerza distendida, que abrazando el mundo intenso del espíritu, da tambien lugar á la extension. Sin embargo, la teoría de la expansion formulada por nuestro Eberhardo, con ser tan mala como es, no lo es tanto como otras teorías parecidas de ciertos filósofos, porque, siendo más clara, puede ser ménos nociva que todas esas fuerzas distendidas y esas extensiones concentradas con que otros quieren explicar todo, y no hacen más que todo embrollarlo. Pero es el caso que toda esta ciencia de la expansion no cabe más que en ánimos demasiado expansivos y acostumbrados á dar al espíritu y al cuerpo las libertades y expansiones que bien les place.

Los pensadores alemanes se form an una filosofía, siempre que la necesitan para obrar, y obran con arreglo á sus principios. Para esto no se paran en barras, ni en absurdo más ó ménos. Eberhardo, con la doctrina filosófica que exponia, basada sobre la expansionabilidad del espíritu y de la materia, queria establecer en la sociedad la revolucion perpétua que creia ver en la naturaleza. Nuestros lectores comprenderán luégo por qué nosotros, al contrario de Eberhardo, veremos en el órden la verdad y la bondad de todo.

Empero, ántes de pasar más adelante vamos á hacer ahora un resumen de esta filosofía de Eberhardo, para que el lector la vea con la mayor claridad posible, lo cual consideramos muy conveniente, porque, además, las creencias filosóficas de Eberhardo son el alma de todos sus actos políticos, en los que ha intervenido